

—¡Es cosa extraña!—se dijo.

Convencido por la actitud de Clementina, que continuaba siendo importuno, no tardó en retirarse, pero esta vez preocupado y triste.

La conversación á solas con Clementina y Charens, á quien ella detestaba; su turbación, porque se habían turbado, bien lo había visto; aquella súbita venida á París cuando Luz estaba de peligro... para buscar un Médico, cuando era mucho más sencillo enviar un telegrama... ¡Todas estas anomalías, todos estos detalles tomaron cuerpo en su imaginación y una siniestra claridad lo deslumbró!

—¡Oh! ¡si fuese cierto!—exclamó.

IX

Y tanto efecto le hizo esta sospecha, que sus piernas vacilaron y se vió obligado á sentarse.

Luego se levantó bruscamente.

—¡Pero no!—dijo;—es imposible. ¡Vamos!... calma... Discurramos friamente.

Y repasó una después de otra, aquellas cir-

cunstancias que tan violentamente le habían conmovido, y en todas halló la misma significación: ¡lo engañaban!... Además, surgieron otras pruebas, en las que no habían pensado aún.

¿Qué había de sorprendente en aquel amor?... ¿No se conocían desde niños?... Educados juntos... vecinos... las dos casas contiguas... Pero, ¿y las rivalidades de familia? ¡Eh! ¿qué importaba. En la imposibilidad de unirse, se habían jurado un amor eterno..

¿No era Clementina quien le había impulsado á él, á Maudhuy, á ofrecer sus servicios á Luis de Charens? Es cierto que la primera vez él había rehusado: pero ¡disimulo, farsa!... Y la aversión que aparentaban el uno por el otro... ¡comedia atroz!

En un movimiento de furiosa indignación, quiso correr á ellos, matarlos y suicidarse después; pero se contuvo temblando. Se figuró extendida á sus pies, muerta, aquella mujer á quien tanto había amado y á quien amaba todavía... Y luego, su hijo, aquella dulce criatura que le sonreía y devolvía sus caricias... A tal idea su cólera se desvaneció, y rompió en amargo llanto, no sintiendo más que el horrible peso de su desgracia.

Pasó la noche entera en aquellas alternati-

vas de exaltación y de desaliento, de colérico arrebató y de debilidad.

Al día siguiente, á fuerza de examinar la situación bajo todas sus fases, había llegado á no saber qué creer, á dudar de lo que la víspera le había parecido evidente. Entonces resolvió esperar, espiar á los culpables, y aplazó su venganza para el inevitable momento en que los sorprendiese.

Algunos momentos después, se acercó á Clementina con su aire habitual. La abrazó como de costumbre, y ella le tendió su frente, sin repugnancia; también ella se veía obligada á disimular.

La noche no había sido más tranquila para ella que para su marido; la había pasado comentando de mil maneras la escena de la víspera y la enigmática actitud de Luis.

Este vino á anunciarle que el doctor X... había partido para Clamecy. Almorzaron juntos. Después Maudhuy pasó con él á las Oficinas, donde se ocuparon de asuntos comerciales con tanta calma como si nada hubiera pasado.

—Nada os obliga á permanecer en París,— le dijo Maudhuy;—venid á pasar el día con nosotros al campo.

Luis aceptó.

En el vagón en que los tres iban á Villanue-

va, Maudhuy empezó su triste papel de marido celoso. Aparentó dormir y observó á través de los párpados.

Luis, asomado á la ventanilla, miraba indiferente el país; Clementina estaba sumida en sus reflexiones; entre ambos no se cambió ni una palabra, ni un gesto.

—¡Desconfían de mí!—se dijo Maudhuy.

Susana recibió á los tres con la más cariñosa cordialidad, y pareció aliviada de un gran peso cuando supo á qué se reducía la alarma de la víspera.

A pesar de su buen humor y de las gracias del pequeño Jorge, la velada fue bastante triste.

Maudhuy esperaba ver cambiar á Luis y Clementina alguna señal y procurar verse sin testigos; pero ambos demostraban más que nunca su recíproca indiferencia.

—¡Si me habré engañado!—se decía abrigando en su alma alguna esperanza.

Pero al día siguiente, un telegrama del doctor X... anunciando que la convalecencia de Luz no había sido alterada por ningún accidente serio, hizo renacer sus sospechas con más vehemencia... No había duda, Clementina había mentido, y aquel encuentro en París, no había sido más que una cita de amor.

Durante quince días, entregado á todos los tormentos de los celos, procuró en vano adivinar dónde, cuándo y cómo podía verse.

Esta preocupación lo perseguía sin descanso; no dormía.

En fin, una noche que había dejado entreabierta la ventana á causa del calor, á cosa de las once y media creyó oír á cierta distancia ruido de pasos en el jardín; se levantó cautelosamente, corrió á la ventana y miró.

A pesar de la obscuridad pudo percibir á su derecha una forma humana que se alejaba rápidamente y que se perdió bien pronto bajo los árboles del parque.

Fue como una revelación.

—¡Ya no hay duda! —dijo;— ¡así es como se ven!...

Por la tarde Luis se despedía y tomaba el camino de la estación; pero sin duda dejaba pasar el tren de las siete y media, y cuando cerraba la noche, se volvía ocultamente á la casa, y regresaba á París en el expreso de las once y cincuenta y cinco. No era difícil adivinarlo. ¿Cómo él no había caído en ello más pronto?

Tentado estuvo por ir á sorprender á Clementina en su cuarto; pero se contuvo pensando que á ella le era fácil negar, y que se tendría por avisada.

Por la mañana, muy temprano, bajó al jardín y recorrió atentamente los paseos. No descubrió huella alguna de pasos; pero en la extremidad del parque observó en las bardas un claro por donde un hombre podía pasar fácilmente.

—Por aquí es,—se dijo, y resolvió emboscarse en aquel sitio el primer día que Luis fuese á la quinta.

Habitado desde hacía algún tiempo á dominar sus impresiones, entró en la casa, habló con su mujer y su hermana, jugó con su hijo y no dejó notar la menor alteración en su voz ni en sus maneras.

Al día siguiente, jueves, Luis era esperado en la quinta. Se presentó á la hora habitual, saludó á Susana y Clementina, abrazó cariñosamente á Jorge y tendió amigablemente su mano á Maudhuy, que á pesar de su disgusto se la estrechó afectuosamente.

Tenían que discutir un asunto importante para la casa. En la discusión Luis parecía distraído, preocupado. En aquel momento se paseaban por el parque, no lejos de la brecha descubierta la víspera por Maudhuy.

—¿Sospechará este hombre algo?—se dijo éste.

Durante la velada, no se tomó ni aun el tra-

bajo de vigilarles; tan seguro estaba de no sorprender nada de equívoco. En efecto, ¿por qué se habían de comprometer? ¿No tenían sus citas perfectamente convenidas?

Después de comer, á cosa de las siete, en el momento en que Luis se despedía, se excusó de no poder acompañarle, alegando un malestar súbito.

Y no era falso, porque sus emociones le minaban.

Todos le rodearon.

Les tranquilizó diciéndoles que no era nada, y que no necesitaba más que algunos momentos de reposo.

Tendió la mano á Luis en señal de despedida, y éste se la estrechó afectuosamente.

—¡Traidor!—murmuró Maudhuy siguiéndole con la vista.

Las dos mujeres acompañaron á su huésped hasta la verja del parque, y luego se retiraron, Susana indiferente, Clementina siempre fría é impenetrable.

Dos horas después, toda la casa estaba dormida.

Maudhuy se levantó cautelosamente, se vistió, escuchó... y no percibiendo ningún ruido, tomó un revólver de uno de los cajones de su secreter, y bajó con precaución al jardín.

Lo atravesó lo mismo que el parque y llegó al sitio por el que suponía que pasaría Luis.

Esperó. Pasaron diez minutos. Miró hacia la casa y percibió iluminada una de las ventanas; no había duda, ¡ella le esperaba!

Casi al mismo tiempo se oyeron pasos del lado de afuera, y luego crugir las ramas de la cerca; penetraba alguno en el parque.

Maudhuy se había ocultado de trás de un viejo tilo, preparando el revólver. Un hombre se acercó y pasó á dos pasos de él... no le reconoció, pero no podía ser otro que Luis.

El hombre se dirigía hacia la casa. Maudhuy le siguió, á doce ó quince pasos de distancia, sin ruido y arreglando sus pasos á los suyos.

Ambos salieron del parque y entraron en el jardín, donde la sombra era menos espesa. El hombre se detuvo un momento para escuchar; Maudhuy retuvo su aliento. Siguieron adelante.

Pero hahiendo dado Maudhuy un fuerte tropezón, el hombre se volvió, vió una sombra que le seguía, se arrojó bruscamente á un lado, atravesó el jardín, cruzó el parque y desapareció.

Maudhuy le persiguió, buscó durante algunos minutos, pero no encontró traza alguna del fugitivo.

Entonces volvió á la casa; la luz continuaba brillando, pero al acercarse notó que estaba en el entresuelo. ¿Qué significaba aquello? Se adelantó. Cuando no estuvo más que á cuatro ó cinco pasos, apareció en la ventana una silueta de mujer, que se inclinó hacia fuera.

—¿Sois vos, Luis?—preguntó tímidamente una voz de mujer.

No era la voz de Clementina; era la de Susana.

X

En un momento penetró en la casa y luego en el salón.

Susana estaba allí, sentada en una butaca, llena de sorpresa y confusión.

—¿Qué es lo que haces aquí á esta hora?—le preguntó.

La joven se levantó balbuceando algunas palabras; pero él no escuchaba; inquieto, registraba con su mirada todos los rincones del salón. No descubriendo nada, tomó la bujía y fue á examinar la habitación inmediata... ¡Nada tampoco!

Susana, atónita, le seguía maquinalmente. Su hermano se volvió hacia ella.

—Estabas sola aquí?—le preguntó.

—Enteramente sola.

—¿No estaba Clementina contigo?

—¡No!... ¡Dios mío! ¿qué es lo que tienes?

Dominado por la idea de que Clementina le engañaba, creía que Susana también había descubierto la intriga, y que para que no fuese sorprendida, había sustituido á su cuñada; no por complicidad seguramente, sino por abnegación, por piedad por él, para no desvanecer su ilusión y su felicidad.

—¿Por qué no estás en tu cuarto?—le preguntó.

—¡Hermano mío, no me riñas!

—¿Esperabas á alguno?

—¡A qué negarlo!

—¿A Charens? Has pronunciado su nombre hace un momento.

—Susana temblaba y bajaba los ojos.

—¿A qué viene tanto misterio?... Veamos; estas citas de noche... ¡Pero, mujer, habla de una vez!

Asustada por el tono severo de su hermano, Susana se echó á llorar.

—¡Bueno! ¡ahora lágrimas!... Eso es muy cómodo, y dispensa de contestar.

—¡Es que pareces tan incomodado!... ¡Dios mío!... ¡Era lo que yo temía!

—¿Y no tengo motivo para ello?... Sorprendo idas y venidas singulares por la noche; pregunto lo que es, en lugar de contestarme te ruborizas, balbuceas, lloras... ¿Quién no se irritaría?

Pero aquel tono no era nada conveniente. Maudhuy lo comprendió así, y fingiendo dulcificarse y hasta sonriendo, dijo:

—¡Vamos! ven aquí, loquilla, y cuéntame lo que pasa.

Y tomándola de la mano, la hizo sentar en el diván, y colocándose á su lado, la dijo con cariñoso acento:

—Vamos á ver, ¿qué es lo que pasa?.. Pero antes límpiate las lágrimas. ¿De veras te he asustado?

—Ya lo creo. ¡Venías hecho una furia!

—Si me hubieras dicho desde luego...

—Ya iba yo á hacerlo, pero no me escuchabas...

—¡Bueno! Olvidemos eso. Ahora cuéntamelo todo... Pero francamente.

—¿Y qué quieres que te diga? Demasiado sabes la verdad.

—Entonces, esta era una cita de amor. ¿Amas á Luis de Charens?

El vivo rubor que cubrió las mejillas de la joven era una respuesta bastante clara.

—Y él ¿te ama?—continuó Maudhuy.

—Sí... así lo creo.

—¡Que lo crees!... Luego no estás segura.

—Sí que lo estoy; me lo ha jurado cien veces.

Esta confianza ingenua desvaneció en parte las sospechas de Maudhuy.

—¡Si fuese verdad!—dijo con un suspiro de desahogo.

Su hermana le miró sin comprender nada de aquella exclamación; luego, viendo que se sonreía, interpretando aquella sonrisa en su favor, se inclinó hacia él y le dijo con gazmoñería:

—¿Nos perdonas, verdad?

—Según y conforme, niña. Antes necesito detalles...

—¿Qué detalles? Nos amamos, y eso es todo. ¿Qué más quieres?

—Sí; pero, ¿desde cuándo? Tres semanas, un mes acaso...

—¡Oh! ¡hace mucho más tiempo!

Maudhuy la cogió las manos, y con el tono de un confesor indulgente, dijo:

—¡Veamos! ¿Cómo ha nacido ese amor?

—Sin pensar en ello, te lo aseguro. ¡El comportamiento de Clementina para con él era durísimo!... Yo le compadecía de todo mi cora-

zón; no tardó en conocerlo, y se conmovió, bien lo noté. En los momentos en que tu mujer lo abrumaba con sus sátiras, yo lo miraba y él se calmaba... Así es como hemos sabido que nos amábamos sin habernos dicho una palabra.

Maudhuy se hallaba enternecido al ver la sinceridad de su hermana.

—¿Pero, por qué no me lo has dicho?

—Porque temí contrariarte. Yo no olvido lo que te debo. Después de la muerte de nuestros padres, me has cuidado, me has educado y me has tratado como á tu hija.

—Pues bien; razón de más para confiarte á mí.

—Sin duda; pero yo sabía que tenías otro proyecto para mi casamiento.

—Es verdad; había pensado en el hijo de uno de mis corresponsales de Londres.

—¡Oh! te suplico, hermano mío, renuncies á ese proyecto. ¡Ya comprendes; antes me era indiferente, pero ahora!... No sabes cuánto he luchado contra este amor, pero ha sido más fuerte que yo... ¡No querrás hacer desgraciada á tu hermanita Susana!

—¡No, querida niña, no!—exclamó estrechándola contra su pecho y besándola cariñosamente.—¿Cómo había de consentir que tú su-

frieses por nada? ¡Oh! ¡jamás!... ¡Sé su esposa, puesto que os amáis!

Susana no cabía en sí de alegría. Maudhuy la miraba complacido.

—¿Conque tanto os amáis?—dijo.

—¡Oh!—contestó su hermana con una sonrisa de satisfacción.—¡Por eso estábamos tan tristes! ¿Sabes en qué ocupábamos nuestras citas? En gemir, en discutir si te conferíamos ó no nuestro amor. ¡El no quería... Es tan escrupuloso... tan delicado!... Mira, cuando venga, no le dejes ver la menor contrariedad.

Pusieron fin á tan satisfactorio diálogo, y se separaron. Maudhuy aliviado de un gran peso y tan feliz casi como ella...

Al día siguiente, ávido de reparar sus faltas contra Clementina, se acercó á ella con gran cariño y sonrisa inacostumbrados.

Ella pareció notar este cambio; pero lejos de mostrarse agradecida, lo acogió con frialdad y despego; Maudhuy sintió helarse en su corazón toda su ternura pronta á desbordar.

—¡Pobre Clementina!—se dijo bajando la cabeza y alejándose;—está ofendida y cierto que lo merezco. La he dejado ver mis absurdas sospechas; pero seré tan bueno para ella, tanto la amaré, que no tardará en perdonarme.

Susana vino á distraerle de aquellas melancólicas reflexiones.

—No te pregunto si has dormido bien,—la dijo.

—Muy poco; ya ves, el exceso de la alegría... y luego que me parecía que era un sueño. Pero no es un sueño, ¿verdad?

—Ciertamente que no.

—¡Qué feliz soy!

Pero de pronto su rostro se puso sombrío.

—¿Qué es lo que tienes?—preguntó su hermano.

—¿Qué tengo? ¿No lo adivinas? Mientras estoy aquí yo, tan alegre, tan confiada, ¡con qué inquietud estará Luis en París, sin saber nada, después de haber sido sorprendido anoche por tí!

—En efecto, me lo figuro.

—Y como no le toca venir hasta mañana, estará cuarenta y ocho horas sin saber nada.

—Perdona, hermanita; todo lo sabrá esta noche.

—¡Ah! ¿Cómo?

—¿Crées que no pienso en nada, y que sólo sirvo para asustar á la gente? Pues estás muy equivocada. Luis debió recibir esta mañana un telegrama en el que le ruego que venga inmediatamente.

—¡Ah, querido hermano!

Y le abrazó de nuevo. Pero se contuvo en sus manifestaciones al ver á Clementina que bajaba al jardín.

—No la dejemos ver nada,—dijo á su hermano cogiéndole de un brazo y alejándose con él;—esta noche será grande su sorpresa y su contrariedad, porque continúa odiando á Luis, si bien le persigue un poco menos... pero esto á nosotros nada nos importa.

Aquel manejo no pasó desapercibido para Clementina, que recordó al mismo tiempo el aire satisfecho de su marido en aquella misma mañana. Frunció las cejas y se preguntó con inquietud lo que aquello quería decir.

Los tres se hallaban reunidos cuando Luis se presentó.

No parecía muy tranquilo. Aquel telegrama que lo llamaba á Villanueva, sin más explicación, le había impresionado bastante.

Ya no habia duda: Maudhuy lo sabía todo, y probablemente le abrumaría con sus reproches; ¿cómo se justificaría?

Maudhuy se rió francamente de su aspecto de doctrino, y adelantándose á él, le dijo:

—¡Ah, ya estáis aquí, señor seductor!...

¡Acercáos, ya sabemos vuestras escapatorias!

—Que sabéis mis...

—¡Vamos! está bien; ¡dejad ese aire de colegial sorprendido!... Abrazadla, ya que ha tenido la debilidad de amaros.

Y le empujó alegremente hacia Susana; pero al mismo tiempo oyó detrás de él un grito ahogado; se volvió y vió á Clementina pálida como una muerta, temblando y próxima á desfallecer.

—¡Dios mío! ¡Clementina! ¿qué tienes? —dijo lanzándose hacia ella y sosteniéndola.

XI

—¿Yo? ¡No tengo nada! —respondió Clementina dominando su turbación y afectando un aire tranquilo.

—Sin embargo... había creído... ¡Estás tan pálida!

—Creo que te engañas.

—No. Además, nada tendría de extraño; la sorpresa... ¡No esperabas seguramente lo que sucede!

—En efecto; pero, ¿crees que eso me interesa?

Dicho esto, bastante desdeñosamente, salió del salón bajo pretexto de ir á buscar al niño, que jugaba en las plantabandas del jardín.

En cuanto se alejó, los dos jóvenes, un poco cortados en su presencia, dejaron desbordar la alegría que inundaba los corazones. Luis no se cansaba de demostrar su agradecimiento á Maudhuy. La alegría de Susana, aunque menos expansiva, no era menos tierna.

—¿Como habéis podido creer,—decía Maudhuy,—que pondría obstáculo alguno á vuestra felicidad?

Estaba enternecido; quería que se celebrasen los esponsales y que toda la casa se engalanase, festejando el acontecimiento.

Pero al recordar la sombría irritación de Clementina, bajó al jardín á reunirse con ella.

Sin duda el mismo recuerdo preocupaba á Susana, porque, cuando se vieron solos, dijo á Charens:

—¿Habéis notado á Clementina? ¡Oh! su odio por vos no se ha borrado de su corazón, ¡qué mal os quiere!

—No pensemos en eso, querida Clementina; nos amamos y vuestro hermano aprueba nuestro amor; ¿lo demás qué nos importa?

Maudhuy, convencido de la lealtad de Charens, no veía en el mal humor de Clementina

más que el efecto de un antiguo resentimiento. Trató de combatir sus malas disposiciones; pero ella le ahorró todo este trabajo, declarando de nuevo, con la mayor sangre fría, que todo aquello le era perfectamente igual, y que si lo deseaba iría á felicitar en aquel mismo momento á Luis y Susana por su próxima unión.

En efecto, adelantándose á su marido, se acercó á los dos jóvenes con afectada sonrisa, y les dirigió irónicas felicitaciones.

No era, por cierto, este el modo de hacerlos salir de su reserva.

Así, aquella velada, á pesar de las ocurrencias y esfuerzos de Maudhuy, se pasó violenta y tirante por parte de unos y otros.

Hasta se terminó de una manera lúgubre, á consecuencia de la indisposición, contra la que Maudhuy luchaba hacía algunas horas, y que al fin tuvo que confesarse vencido.

Durante algún tiempo se quejó de palpitaciones, de opresión del corazón, luego palideció de pronto, su mirada se extravió y se dejó caer en una butaca, medio desvanecido.

Susana se lanzó á su socorro. Charens le cogió en brazos, y ayudado de un criado, lo transportó á su lecho.

Inmediatamente enviaron á buscar un Médico.

Pero antes que llegase el hombre de ciencia, Maudhuy había recobrado sus sentidos; su sufrimiento se había calmado, y sonriéndose, tranquilizaba á Susana y Luis, inclinados ansiosamente hacia él, mientras Clementina, inmóvil al pie del lecho, le observaba con una extraña mirada.

El Médico, después de haberle examinado, no disimuló cierta inquietud.

—¿Habéis experimentado recientemente alguna fuerte emoción?—preguntó al enfermo.

—Sí, señor, hoy mismo; pero ha sido de alegría.

—Poco importa: esas emociones pueden seros funestas; es preciso evitarlas á todo trance.

Prescribió el descanso y algunas pociones calmantes; las mismas que el doctor X... le había recetado y que Maudhuy no tomaba hacía algún tiempo.

—¡Diantre!—dijo el enfermo cuando el Médico se retiró.—Hipócrates no me deja mucho consuelo, y no quisiera morir sin dejar casada á mi querida Susana.

—¡Oh! ¡hermano mío!...

—No te apures. Espero dejar por embustero al buen Doctor; pero, en fin, por prudencia, ¿no podríamos ocuparnos desde ahora de los preparativos del matrimonio?... ¿Qué os pa-

rece?—añadió mirando alternativamente á Luis y á Susana; —creo que esto no os desagradará.

Por toda respuesta, Susana le abrazó con efusión y Charens la estrechó la mano, Clementina, incapaz de contenerse más largo tiempo, volvió la cabeza y se alejó sin que nadie lo notase.

Veinte minutos después, Luis, al salir de la casa para ir á la estación, vió á Clementina á la entrada del Parque, por donde él tenía que pasar; evidentemente, le esperaba.

Cuando se acercó, le dijo con seco y contenido acento:

—Señor de Charens, una palabra.

—Señora...

—¿Es formal, es serio lo que acaba de pasar?

—Lo más formal y lo más serio.

—¿Amáis á esa chiquilla?

—¡A Susana querréis decir! Sí, señora.

—¿Y esperáis casaros con ella?

—Desde el momento en que ella corresponde á mi amor, y su hermano no se opone...

—¿Le habréis hecho, sin duda, bellos juramentos?

—Que cumpliré, estad segura.

—A menos que no los olvidéis, como los que me habéis hecho á mí en otro tiempo.

Luis frunció las cejas.

—¡Eh!... ¿Quién se ha burlado de ellos?— exclamó con severidad.—¿Cómo os atraveís á recordármelos? ¿No fuisteis vos quien, bajo no sé que pretexto, dos meses después de mi partida, os arrojásteis en brazos de otro?

—¡Me engañaron indignamente, bien lo sabéis!

—¿Y por qué os habéis dejado engañar? ¿Por qué habéis dudado tan fácilmente de mí?

—¡Bien castigada he sido en mi error!

—Y yo... ¡Oh! ¡jamás sabréis lo que he sufrido! Verdad es que más tarde, para consolarme, habéis tenido el cuidado de abrumarme de ultrajes y sarcasmos.

—¡Hice mal!... ¡Pero, Dios mio! ¿qué debo hacer para que me perdonéis?

—Nada. Todo rencor ha desaparecido de mi corazón, lo mismo que el amor: vos sois quien lo ha matado. ¿Y ahora queréis que renazca de nuevo? Pues bien, no. Y aunque eso fuese posible, ¿creéis que yo consentiría, y en este momento precisamente, en presencia de ese sufrimiento que acabáis de ver, de esa agonía tal vez? ¡Ah! sería una indignidad tan solo pensar en ello... Basta; ni una palabra más, os lo ruego.

Y se alejó bruscamente, dejándola trémula y consternada.

Al día siguiente y los sucesivos, Clementina se encerró obstinadamente en su cuarto, no saliendo de él más que á la hora de comer, ó para informarse de la salud de su marido, cuyo estado, en lugar de mejorar, iba agravándose sensiblemente.

En efecto, las sacudidas de aquellos últimos tiempos habían hecho rápidos progresos en la enfermedad de Maudhuy, sin que él lo notara.

La animación de la lucha le había dado una apariencia de vigor capaz de engañar á cualquiera; pero no se había levantado más que para caer más bajo que antes.

Otras crisis siguieron á la última que hemos referido; se sucedían ahora con cierta especie de regularidad, dejando en los intervalos sumido al enfermo en una dolorosa postración.

Pálido, enflaquecido, jadeante, apenas podía sostenerse, y al verle medio doblado en su sillón, se le hubiera tenido por un anciano decrepito.

Clementina, ayudando por deber á cuidarle, seguía con inquietud los progresos del mal. Para ella, como para los demás, ya no había duda; Maudhuy estaba herido de muerte; no podía arrojar de su mente la idea de que pronto sería libre.

Maudhuy, por su parte, tampoco se hacía

ilusiones sobre la gravedad de su estado, y no quería, según lo había manifestado, morir sin dejar casada á su hermana.

Con tal objeto instaba á los dos jóvenes, y muy seriamente esta vez, á que apresurasen los preparativos para su enlace. Estos, para disimular su inquietud, resistían á sus instancias, diciendo que querían esperar hasta que se restableciese, lo cual no tardaría; pero un día se irritó por aquellas dilaciones y ordenó formalmente á Charens que reuniese los papeles necesarios al efecto.

Luis tuvo que ceder, y prometió que dentro de quince días, tres semanas á lo más, quedaría todo arreglado.

Clementina asistía á esta escena. Retirada en un extremo de la alcoba, no dijo ni una palabra, de modo que su voz no revelase el horrible dolor que la torturaba el alma.

Aquella misma tarde, en el momento que Charens renovaba su promesa á Maudhuy y se disponía á regresar á París, llegó á Villanueva una visita inesperada, la visita de la anciana Luz.